

A misty forest at sunrise or sunset. Tall, thin trees stand in a line, their trunks silhouetted against a bright, hazy light source in the distance. The ground is covered in a thick layer of fallen, golden-brown leaves. The overall atmosphere is ethereal and slightly mysterious.

LA CASA DEL MIEDO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

edebé

periscopio

LA CASA DEL MIEDO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

LA CASA DEL MIEDO



edebé

Título original: *A Casa do Medo*
© Agustín Fernández Paz, 2016

© Ed. Cast.: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Fotografía de cubierta: Shutterstock
© *Traducción:* Isabel Soto

1.^a edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-2762-2
Depósito Legal: B. 14596-2016
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

«... el hombre precisa, en primer lugar,
como quien bebe agua, beber sueños.»

ÁLVARO CUNQUEIRO, *Imaginación y creación*

Índice

1. Después de tantos años.....	9
2. La Casa del Miedo	18
3. Una puerta abierta	23
4. El pasadizo oculto	29
5. El recinto de las siete puertas	33
6. La niña de niebla	39
7. Extraño juego de dados	44
8. Un cuervo providencial	53
9. La Isla de la Luna	60
10. La casa de la Maga	67
11. Una tarde con Aurora	76
12. En peligro de muerte	80
13. Un enemigo poderoso	87
14. El Bosque Sombrío	96
15. La Mansión de los Peñascos	102
16. Atrapado en la ratonera	108
17. El Señor de las Serpientes	114
18. Tiempo de decir adiós	121
19. Los caminos del regreso	126
20. El final de la noche	132

1. Después de tantos años

Ayer regresé a Valverde, el pueblo en el que transcurrieron los primeros doce años de mi vida. No había vuelto nunca, hasta llegué a borrarlo de mi memoria durante varias décadas; Valverde solo era el nombre que, unido a la fecha de nacimiento, aparece en biografías y textos referidos a mí o a mis obras en múltiples páginas de la Red.

La vida me ha llevado por lugares lejanos y diferentes, y durante mucho tiempo creí que a eso se debía el olvido de mis raíces primigenias. Pero hoy sé que había otras razones más poderosas.

Desde que abandonamos el pueblo, tampoco en mi casa se volvió a hacer referencia a él. En este asunto, mi madre se mostraba tajante: «Tu padre y yo pasamos trece años allí; fue más que suficiente. El mundo es mucho más

extenso que los límites de Valverde. Por mi parte, esa etapa está más que olvidada».

Resultó fácil borrarlo de la memoria. Nos ayudó nuestra mudanza a Vigo, donde mi padre había conseguido un puesto destacado en su empresa; la fascinación por la ciudad enseguida me llevó a olvidar el pueblo y, sobre todo, lo que en él me había ocurrido: el «desagradable incidente», como lo denominaba mi madre. La ayuda de los psiquiatras infantiles que me trataron durante varios meses fue decisiva para sepultarlo en lo más profundo de mi cerebro.

En Vigo empecé el bachillerato elemental y cursé los estudios medios, incluido el Preuniversitario. Después me fui a Barcelona, en cuya universidad me licencié en Filosofía y Letras, si bien lo que de verdad me atraía era la intensa vida artística de la ciudad, que contrastaba con el panorama gris dominante en la mayor parte de España. Allí fue donde se consolidó mi pasión por la pintura, el arte que me hizo abandonarlo todo y marcharme a París, la ciudad donde podía hacer realidad mis ideales. Una decisión difícil, que pronto se reveló acertada.

Fue a orillas del Sena donde afloró con fuerza mi creatividad, allí inicié la trayectoria profesional que me ha convertido en el reconocido pintor que soy actualmente. Y también fue en París donde encontré a Carol, el amor de mi vida, de quien juré no separarme nunca.

* * *

Mamá murió hace ocho meses, sospecho que no consiguió superar la soledad provocada por la ausencia de mi padre. Me vi entonces en la obligación de hacer el inventario de lo que había en su casa, una labor dolorosa e inevitable. Lo único que deseaba conservar era lo que tuviese para mí una carga sentimental.

Entre sus objetos personales, oculto bajo algunas camisas en un cajón de la cómoda, encontré un estuche azul que ella nunca me había enseñado. ¿Fue el azar el que me llevó hasta él? ¿Por qué mamá lo había mantenido en secreto durante tantos años?

Conocer su contenido desencadenó una inesperada revolución en mi interior. Fue la mejor demostración de que todas las experiencias de

la vida permanecen dentro de nosotros, nada desaparece por completo por más que lo creamos olvidado.

El estuche azul me forzó a recuperar unos recuerdos que, a pesar de ser incompletos, provocaron en mi interior una persistente inquietud que desde entonces permanece muy viva.

Ese inesperado desasosiego era un motivo más para no regresar nunca a Valverde. Y no hubiera vuelto al pueblo de no ser porque, a mis sesenta años, la corporación municipal decidió homenajearme con el título de Hijo Predilecto y bautizar un nuevo parque con mi nombre. Tras varios días de dudas, acepté la propuesta. Me convencieron las palabras de Carol: «No debes faltar. Allí fue donde asististe a la creación del mundo. Se te presenta la oportunidad perfecta para cerrar el círculo».

Ayer, tras volar desde París hasta Compostela, un taxi me trajo a este hotel, sin duda el mejor del pueblo. Debido al cansancio del viaje, pedí que me subieran a la habitación una cena frugal y no tardé en acostarme. A pesar de la fatiga, apenas pude dormir: una inquietud difusa no me dejaba hacerlo. Me invadía la sospecha de

encontrarme en un lugar equivocado, quizá no hubiera debido iniciar nunca aquel viaje. ¡Pocas veces agradecí tanto la claridad que anuncia un nuevo día!

Hoy por la mañana ha venido a buscarme la concejala de Cultura, Mercedes, una mujer aún joven que parecía obsesionada por causarme una buena impresión. He subido a su coche y me he dejado llevar por donde ella ha querido.

El pueblo está muy cambiado. Aunque mis recuerdos no son muy fiables, resultaba evidente que de los edificios de hacía cincuenta años ya quedaba muy poco. Ni siquiera permanecía en pie la casa en la que vivimos, sustituida por una fea edificación de seis pisos. Tan solo en algunas calles perduran casas de estilo tradicional, resistiendo la invasión que acabará con ellas en los próximos años.

Tras recorrer las calles principales, Mercedes me ha llevado a conocer el parque al que le pondrán mi nombre. Cuando he caído en la cuenta de la dirección que tomaba el coche, mi corazón ha empezado a agitarse de manera descontrolada. Tal como asciende la lava de un volcán por su chimenea, así han subido a mi cabeza

antiguos recuerdos que creía olvidados. En unos cuantos segundos, todas las circunstancias del «desagradable incidente» que mi madre y los psiquiatras habían sepultado en lo más hondo, han regresado a mí como en un incontrolable torrente.

Mi corazón no se equivocaba. Tras abandonar el coche, la concejala me ha mostrado orgullosa las instalaciones del nuevo parque. Pero lo que han visto mis ojos es otra realidad muy distinta, la imagen nítida de lo que había en aquel lugar cincuenta años antes: la extensa finca de don Mauro.

Han conservado los eucaliptos centenarios que crecían en la entrada, y también el nogal situado en el otro extremo del terreno. Han sembrado césped y plantado docenas de nuevos árboles; han diseñado también caminos entre la hierba, con bancos situados de trecho en trecho, enfrente de los que crecen islas de dalias y rosales. El espacio del fondo lo han reservado completo para el parque infantil, al que no le falta detalle.

De inmediato he buscado el lugar donde se alzaba la Casa del Miedo. Mi cabeza seguía viéndola tal como era entonces, aunque en su

lugar ahora hay un estanque ovalado con un surtidor en el centro y con varias carpas doradas que nadan en un agua transparente.

La concejala no paraba de hablar mientras recorríamos el terreno, pero se calló al percibir mi extrema palidez. Me ha preguntado qué me sucedía, y si necesitaba que me viera un médico. Me he sentado en un banco y le he dicho que solo se trataba de un mareo provocado por el cansancio del viaje; la justificación pareció convencerla, aunque ha insistido en acompañarme a la clínica del pueblo.

¿Cómo le iba a decir que la realidad era otra, que en aquel instante estaba aterrorizado? ¿Cómo explicarle que el «desagradable incidente» había regresado como un huracán a mi cerebro, y con él los terrores ocultos durante tantos años? La aventura terrible que los psiquiatras habían conseguido enterrar retornaba ahora para reclamar su espacio. ¡Y con cuánta fuerza!

Su regreso ha sido tan intenso como para obligarme a tomar la decisión de contarlo todo, por primera vez en mi vida. No encuentro otra manera de liberarme de esta angustia que me invade.

Son las nueve de la noche, acabo de encargarme que me suban la cena a la habitación. Oficialmente, estoy indispuesto; nada que no puedan solucionar unas horas de reposo, según ha manifestado el doctor que me ha atendido. Me ha aconsejado descansar en el hotel, y que nadie me molestara; el banquete de bienvenida que habían organizado desde el Ayuntamiento tendrá que celebrarse sin mí.

He pedido también un termo de café, y abundante fruta, y algunos sándwiches; confío en que será suficiente para aguantar toda la noche. Poco descanso voy a tener, no pienso acostarme hasta haberlo contado todo. De no hacerlo, no sería capaz de acercarme mañana al parque y soportar las ceremonias que me aguardan.

Es cierto que podría marcharme este momento, pedir un taxi que me lleve al aeropuerto y tomar muy temprano un avión en Santiago, alejarme de este pueblo para siempre. Pero no lo haré; ni es mi estilo ni tampoco tiene sentido enterrar otra vez tantos fantasmas. Así que dispongo de las horas de esta noche para escribirlo todo en este cuaderno de hojas amarillas que acabo de comprar en una librería cercana al hotel.

Es hora de saldar de una vez las cuentas con el pasado, si pienso hacerlo algún día. Basta ya de divagaciones; debo buscar cuanto antes el hilo que me permita revivir la tragedia de los días que marcaron el fin de mi infancia.